

ne
novel

Segunda Edición

LA ÚLTIMA SINGA



SERGIO OSIROFF

COLECCIÓN NÉOS

ediciones ruinas circulares

Osiroff, Sergio

La última singladura. - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2013.
96 p. ; 20x14 cm. - (Neos / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-1610-58-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
MARZO 2013

1a. edición JULIO 2012
1a. reimpresión MARZO 2013

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*
Imagen de solapa: María Isabel Pato
Contacto con el autor: sjosiroff@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

SERGIO OSIROFF

LA ÚLTIMA SINGLADURA

(NOVELA)

NEÓS

ediciones ruinas circulares

“Agrego que mi gobierno se alegra de que los tripulantes del “Buenos Aires” y del “Tucumán”, piratas, armados en Buenos Aires a principios de 1818 para una expedición a Cádiz, sean juzgados en Estados Unidos como piratas.”

Nota dirigida por el representante argentino en Washington, al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Quincy Adams, 8 de enero de 1819.

24 hs.

A esta hora mi tía debe estar durmiendo. Tal vez sola. O tal vez no, no puedo saberlo. Sea como sea, me llama la atención que me esté acordando de ella. Le debo el mar.

Esto no lo podía sospechar aquella noche de mi niñez, tan determinante para ella como para mí, en que mi sueño se alteró al punto de comprender, luego de dar vuelta tras vuelta sobre mí mismo, que los ruidos que había escuchado en la casa me obligaban a una decisión. Recuerdo que me levanté para investigar, armado de un pistolón, consciente de que podía tratarse de ladrones. Con sigilo, salí de mi cuarto y empecé a caminar hacia donde me pareció provenían aquellos sonidos.

Huérfano de madre al nacer y habiéndose vuelto a casar mi padre con su cuñada, Fernanda era mucho más que una tía: era una madre que no me quería, pero una madre al fin. No sintiéndome apegado a ella más que por un sentido elemental de supervivencia, desde la reciente desaparición de mi padre vivía preocupado por evitar que nada malo le sucediera. Hay quienes cuidan un empleo, yo cuidaba a mi tía. No la quería, pero tampoco faltaba la sopa en mi plato. Tal vez en aquella actitud me asemejara a esos esclavos que, hoy día y aún cuando puedan detestar a su amo, desconfían de quienes pretenden liberarlos del yugo, sospechando que, por fuera de la casa de los patronos, la realidad del mundo se vive a la intemperie.

Lo cierto es que, frente al maltrato y la falta de cariño, me había ido armando de una coraza. Callaba en la mesa, asentía y daba la razón frente a los insultos, y aceptaba las frases despectivas que reiteraba mi tía ante mis hermanos menores, que eran primos a la vez. Me mostraba tal como ella esperaba de mí, con lo cual sus humillaciones las toleraba en silencio. Pronto aprendí a simular que me afectaban en lo más hondo, lo cual advertí que es siempre algo trascendente para el ofensor. Comprendía que ella se esmeraba por ensanchar la desolación en que yo había quedado, y que también se

encontraba sinceramente dolida por la desaparición del marido. Empecé a vislumbrar entonces que las aflicciones, en muchas personas, se suelen descargar en otras a través de vasos comunicantes: atenúan la sensación del propio dolor, proyectándolo sobre el otro. En suma, no la culpaba por no quererme ni hacerme escarnio, siempre y cuando un plato de la mesa estuviera destinado a mí. Sigo sin culparla. Algo tan innato como el amor, no puede ser elevado a la categoría de mandamiento.

Volviendo a aquella noche, recuerdo vívidamente que, a medida que iba avanzando por el pasillo, sentía que se insinuaba una atmósfera extraña en la casa, reflejada en palabras inescrutables y lejanos pero perceptibles sonidos que no lograba desentrañar. Al llegar a su cuarto, de donde parecía surgir el ruido, me decidí por abrir la puerta. Temblando, fui abriéndola de a pequeños impulsos, con extremo cuidado por evitar que las bisagras sin aceitar delataran mi presencia. No lo logré del todo. Con cada tenue chirrido, paraba y extremaba mi alerta, aunque daba la sensación de que yo era el único que escuchaba esos ruidos delatores. En algún momento la puerta hizo tope contra algún objeto que trababa su apertura. Igual había logrado abrir lo suficiente como para que mi vista intentara explorar en el cuarto, antecedida por el pistolón que, a su vez, advertí que me era imposible sostener con firmeza, dado el miedo que me atenazaba. Debía serenarme, toda vez que no tendría más que un solo disparo, una sola oportunidad de defender exitosamente a mi tía, esa madre hija de puta que a la vez era la única que me quedaba en el mundo.

La oscuridad era grande, solo una vela arrojaba una luz mortecina rodeada de sombras, pero ya había acostumbrado las pupilas a la oscuridad. Nunca había visto desnuda a una mujer. Realmente era bella o así la imaginé. Una hermosa hembra, cuyo cuerpo me resultó inquietantemente contrastante con el del hombre desnudo que se encontraba sobre ella, pujando con una violencia que estuve a punto de

desbaratar de un tiro. Pero ella se amarraba a ese hijo de una puta con fuerza, podría decir que con todas sus ganas. Las mismas manos que acariciaban los cabellos de mis hermanos y cuyos coscorrones me avergonzaban frente a mis amigos, esas mismas manos se entrelazaban ahora para envolver esa espalda, atrayéndola sobre sí, ayudando a que aquel hombre estuviese más sobre ella y, cosa en la que no pude evitar pensar, a que entrara con más vigor dentro de ella. Porque una fracción de ese cuerpo velludo y repugnante, que quise entrever, hurgaba con frenesí en su interior. ¿Era realmente así? Barrunté sus piernas levantándose para rodear la cadera de aquel hombre, al que adiviné penetrando y abriéndose camino en el medio de las entrañas de mi tía, para salir y volver a entrar. Me advertí preso de una marcada excitación, junto a una mezcla de odio y de franca admiración por lo que hacía aquel hombre.

Debo haber permanecido así un rato largo, o al menos eso imagino, en un estado de curiosidad y ensoñación, indagando en la unión frenética de aquellos dos cuerpos, hasta que ella percibió mi sombra y empezó a los gritos, desencajada. No supe qué hacer con el pistolón, de modo que lo único que se me ocurrió fue disparar al bulto y echar a correr por el pasillo; no di en el blanco y ambos corrieron precipitadamente tras de mí, vestidos a las apuradas.

Lo que siguió fue atrapar me y someterme a un castigo feroz, algunos de cuyos rastros conservo en la espalda. Con un cinto, aquel hombre se empecinó en poner sobre mi cuerpo el mismo frenesí que unos instantes antes había vislumbrado aplicar sobre la humanidad de mi tía. Ella lo instaba a vigorizar aún más los golpes, como si la visualización de esa escena la aproximara a un estado de trance. Me pareció que el castigo y el placer despertaban, en aquellas dos personas, sensaciones cercanas entre sí. Este descubrimiento me perjudicó, porque dejé de quejarme y me esforcé en soportar el tormento sin chistar, pero ellos querían exactamente lo contrario y más se

entusiasmaban porque reiniciara mis expresiones de dolor. La tía fue explícita y me dijo que quería escucharme llorando y rogando para que no me siguieran pegando. Agregó que esperaba que lo hiciera, salvo que quisiera algo más.

Ella se encontraba en tal estado que comprendí exactamente a qué se refería. Pensé en el caso reciente de Fabián Tohnson, mi compañero de escuela de quien se decía por lo bajo que había hecho caer en la tentación al Padre Gandía. Sus compañeros no hacíamos sino llevar al aula los comentarios de nuestras casas respecto a la cuestión, al punto de que en los últimos tiempos no había habido casi otro tema de conversación. ¿Cómo podía haber ocurrido que, de una familia como aquella, surgiera un chico pervertido? En un instante pensé que yo no quería verme como Fabián, reconocido como una marica y obligado a mudarse de horario en la escuela, para pasar al turno de la gente vulgar. De sucederme aquello, me vivirían haciendo burla y moliendo a golpes, como hacían los otros chicos con él. Un hijo de familia pudiente, en el horario de clase de los hijos de los sirvientes. Había que ser muy nena para pasar a ese turno, y aquella condición se pagaba.

Mis ruegos lograron inflar a tal punto el nivel de excitación y violencia, que rápidamente tanto mi tía como el hombre, como si hubieran alcanzado un límite, cesaron el castigo y parecieron repentinamente sentirse satisfechos y extenuados, olvidándose de mí y de lo que me estaban haciendo. Salieron de la habitación sin dirigirme la palabra, y sin siquiera llevarse el arma por precaución.

El éxito evidente de mi humillación me hizo soslayar el dolor, pero comprendí que, en esta oportunidad, mi actitud sumisa no había sido gratuita. El mareo y la quemazón en la espalda no me afectaban tanto como la sensación de vergüenza que me invadía. Como si se tratase de algo nuevo, mi instinto por sobrevivir había entrado en colisión con algo que no podía definir, pero que se abría paso en mi universo

para imponerme un límite. Me resultaría fácil describir aquello como el nacimiento de un orgullo o de una toma de conciencia acerca de la dignidad, pero no creo que las cosas fueran tan claras para mí. Solo sé que sentí un profundo disgusto contra mí mismo, como si súbitamente no hubiese ningún plato de sopa en el mundo que pudiera justificar una agachada más.

¿Es bueno hacerse perdonar? ¿Es en función de los posibles beneficios que se justifica una humillación? ¿Existe una gran diferencia entre aceptar mansamente una vejación, y fingir su aceptación? Me gustaría decir que tengo respuestas altivas a esas preguntas, pero no las tengo y menos la tuve aquel día. Había logrado que el asunto no pasara de un brutal castigo, al costo de un gran desprecio hacia mi propia persona y de un repentino odio que sentí en ese momento por la condición humana.

Finalmente, estuve un buen rato observando la luz de una vela, ignorando qué hacer con el pistolón y con mi vida. Pensé en ponerle fin en ese mismo momento. A la mañana siguiente fui al puerto a enrolarme.

Hoy recuerdo esa escena nocturna y pienso en Fernanda. Deben haberle pasado los años sin que yo estuviera presente en su vida más que por alguna que otra carta, redactada con esmerada indiferencia, en respuesta a las múltiples que se ingenió en hacerme llegar desde mi primer día de vida en el mar, como si se le hubieran despertado, ante mi partida, sentimientos espontáneos de una madre que extraña al hijo. Al principio las tiraba despreciativamente, sin siquiera abrirlas, en presencia de mis compañeros. Me había juramentado no perdonarla nunca. Luego, de la mano de los actos que con el tiempo vi cometer y cometí yo mismo, pensé que el perdón nos ennoblece como personas. Me he inundado tanto de sangre, que el recuerdo de sus escasas caricias, casi con un dejo de obligatoriedad hacia ese hijo que no quería, es un lazo poderoso que me aferra a la vida. Sin extrañarla, pienso

en unas manos, las tuyas, que acaso por no haber ejercido conmigo una vocación de ternura, imagino desesperanzadas. Si estuviera aquí, no se si la abrazaría. Tampoco le recriminaría nada.

Tengo un día y medio para la ejecución. Hay quienes tienen sus esperanzas en el perdón del Gobernador, pero yo no tengo ninguna, lo cual me hace sentir liberado. Soy un hombre libre, dueño de sí, de treinta y seis horas de vida por delante y un gigantesco escepticismo a cuestas. Me han preguntado qué quería y solo atiné a pedir papel y elementos de escritura. He despertado sonrisas con mi ocurrencia; los demás piden alcohol y la presencia de un cura. Tres o cuatro han pedido abiertamente mujeres, pero el buque y su carga han sido confiscados, de modo que no hay dinero para una última unión con otra carne. Tampoco lo permitirían las autoridades civiles del lugar. Solo nos han traído las imágenes religiosas y rosarios que encontraron en la "Tucumán", en un gesto compasivo que ha recibido el reconocimiento de los tripulantes irlandeses y argentinos, todos ellos católicos, al menos en estas circunstancias. He pensado que la explicación de tal generosidad hay que buscarla en el valor de subasta que puedan tener tales elementos en tierra de protestantes devotos, pero me he reservado de dar mi opinión al respecto. No es malo, ante determinadas realidades, confiar en la dulzura de la propia mano que ha de matarnos. Como que nos reconcilia con los seres humanos, antes de abandonarlos. Nos han acercado también una Biblia, traducción de Reina y Cipriano De Valera, lo cual ha generado alguna disputa sobre las posibles consecuencias de escuchar su lectura en momentos como el presente. Un sincero arrepentimiento, luego de una vida de tropelías, no debería ser puesto en riesgo en cuanto a sus efectos por la lectura de un libro herético. Algunos de los nuestros han iniciado una cadena ininterrumpida de rezos. A medida que pasan las horas son más los que se agregan a las oraciones, como rindiéndose a las evidencias; es notable lo

que promueve la certidumbre del final en hombres curtidos de mar. Gente que ha transitado la vida en cantidades navegables, tanto durante años de comercio lícito como de combate y pillaje; cosas todas ellas que se parecen mucho entre sí, con tipificación variable según los ganchos legales de abordaje que circunstancialmente se dispongan a bordo y en los tribunales. Se podría suponer que aquellos que todo lo han visto y hecho, deberían ser proclives a aceptar su suerte con cierto estoicismo. Pero no, cuando se avizora que no hay lucha posible, que el destino tiene la forma de una soga en el cuello, surgen devociones desde el fondo de los hombres, aún en aquellos que han sido portadores de las conductas más despreciables. O tal vez especialmente en estos últimos. No lo sé.

Yo no logro recurrir a ninguna oración. En la idea del cielo como recompensa, lo único que siempre he encontrado de razonable es la concepción financiera de las buenas obras, cuestión de hacer el bien como forma de préstamo, a cobrar centuplicado en la otra vida. Al final, lo que hace que las obras sean buenas o malas son sus rendimientos en el cielo, más que sus consecuencias en la tierra.

Mi propia historia me ha llevado al conflicto con las verdades reveladas. De niño, la escena de los dos ladrones crucificados junto a Jesús me resultaba patética, al extremo de que en confesión se lo expresé así a mi catequista, el Padre Lorenzo, quien me ordenó orar diez padrenuestros. "Misterio", recuerdo que dijo por toda respuesta. Pero no entendía ni entiendo aún con qué necesidad, y en especial con qué necesidad práctica, quien ha pasado a la posteridad como Buen Ladrón martirizó con sus palabras a aquel que sufría su misma muerte, por idénticos delitos. ¿No es aquello propio de un arrepentido alcahuete? El Mal Ladrón escucha que quien está crucificado allí mismo, entre él y su compinche, es un hacedor de milagros, ¿qué tendría de extraño ni de reprochable que le pidiera que, de ser efectivamente un enviado del Cielo,

se descolgara de la cruz y también lo salvara a él? Es lo que haría yo. Y no solo con Dios; con el Diablo o también con cualquier hacedor de milagros que pusieran a morir al lado mío y en quien me fuera dado creer en una instancia como la presente. Será que para seguir siendo, prefiero seguir estando.

Me libera saber que el fin es inexorable y que ya no puedo tener esperanzas. Como quien asume, de un golpe, que la mujer que le perturba el sueño ha ido a parar a los brazos de otro. La realidad libera, como el desengaño. No permite que la esperanza ni las expectativas torturen nuestras horas. Aunque si ahorcaran a Cristo a mi lado, le patearía las piernas para reclamarle el milagro.

Condenar a ese hombre padeciendo aquella muerte atroz, solo por manifestar un pedido más que lógico en su desesperación, es propio de una frialdad que congela el corazón. Lo mismo que ensalzar al otro ladrón, de quien se puede comprender que en aquel último instante de su vida pretendiera aferrarse a la fe en el más allá, pero no por ello es disculpable que acentuase el sufrimiento de su compañero de agonía. Y Jesús, muriéndose entre ambos, no tiene siquiera una palabra reconfortante para el Mal Ladrón. Nada. Lo dejó solo. Solo con su padecimiento y solo como un hijo de puta ante la historia. Como lo seremos nosotros, sinvergüenzas que nos hemos envuelto en una bandera para justificar quienes somos. Sin nadie que nos recuerde; con destino de no haber sido.

A los ingleses de la tripulación es a quienes veo más enteros. Lo mismo que a los gallegos de un pesquero capturado frente a estas costas, y que han sido encerrados con nosotros y condenados a la misma suerte. A los primeros solo la falta de alcohol pareció haberles ensombrecido por un instante el futuro, hasta que el Alguacil anunció que la última noche, es decir mañana, se nos traería aguardiente en cantidad. La calma que ha producido el anuncio es tal, que podría decirse que están durmiendo plácidamente, tratando de abreviar las

horas. Podrían dormir hasta el arribo del barril prometido. No es malo ingresar con los sentidos entumecidos al sueño de la muerte.

Los gallegos, en cambio, están pasando como por algo que es parte inherente al trabajo. Lo mismo que lanzar una guía de amarra, aferrar una vela o caerse al mar desde una verga durante un temporal. No hay tiempo para hacer otra cosa que lo que se está haciendo: unos a continuar la maniobra, otros a morir. También han recuperado su habla, de sonoridad tan cercana al portugués. Ante la muerte, vuelven al lugar de origen, como yo a la hija de puta de mi tía. Nada me hubiera costado ser más atento con ella a lo largo del tiempo. He intentado desgarrarla a jirones con mi ausencia para siempre, como si con ello pudiera desterrar el recuerdo atormentador. ¿Se olvida haciendo daño? Cuanto más dolor se causa, más se empecina la memoria en evocar lo que quisiera olvidarse.

Otra pregunta me incomoda: de no estar en esta condición, ¿pensaría en ella con esta indulgencia? Se trata de un planteo frente al cual no logro engañarme: solo se es indulgente con quienes no se ama.

Morir nos entrelaza definitivamente con nuestras necesidades de otorgar y pedir perdones pero, en el fondo, soy igual que estos perros salvajes que rezan y toman con fuerza las cuencas del rosario, aferrándose a la vida ultraterrena que tendrán en horas. Suéltelos, denles de nuevo un barco y un Capitán al que obedecer, y volverán a ser quienes son. El alivio correrá por sus venas, beberán la vida, descartarán todo erotismo en el primer burdel para meterse uno tras otro en la misma puta, la más sucia que encuentren. Y luego rondarán el muelle buscando un nuevo Capitán, uno bueno según sus ojos, de ésos que más maltraten y apaleen a sus tripulantes, pero que sepan evaluar al instante la calidad de la presa y su capacidad de resistencia, o mejor conozcan los secretos de la caza de las ballenas, o posean las cartas náuticas de las más productivas loberías. Matar hombres o animales

es indistinto, es parte de lo mismo. El dinero es lo que vale; cada día de mar tiene un precio y un costo. Creo que solo los gallegos serían capaces de zafar de esta lógica, si pudieran. Gente de familia, a pesar de la brutalidad del oficio. Juntan para llevar, siempre tienen un porqué esperando, como si la misma tierra se hubiera encargado de ponerlos en el mar. Me gustaría conocer Galicia.

El sueño me atenacea pero no quiero dormir. No me queda otra fatiga que poner el cuello en la soga. Ni otro descanso.

Me resulta curioso descubrirme con voluntad por escribir. Nunca me dediqué a redactar otras cosas que no fueran acaecimientos en libros de navegación, inventarios de presa, informes de echazón o arribos forzosos, despachos de entradas y salidas a puerto, planillas de sueldos y empleos a bordo, como si aquello de lo que estoy hecho no tuviese otro destino que de barco, igual que un lapacho del Paraná. Tampoco sé a quién van dirigidas estas palabras, ni si serán alguna vez leídas por alguien. Pero cargan con mi destino desde el momento en que decido ponerlas en papel. Tal vez, con la meticulosidad propia de las administraciones judiciales, terminen en un archivo. Tal vez se incineren o lleguen a mi tía o a mis hijos. Salvo esto último, nada de todo lo demás cambiará el mundo, lo mismo que mi nombre, destinado al olvido; no he sido capaz de dárselo a no menos de cuatro niños de los que soy consciente podría ser el padre, menos tendría que esperar perdurar en la memoria de nadie. Es extraña esta sensación que me embarga, como de no tener ningún valor nada de lo que haya hecho, ni tenerla mi suerte final en la tierra, salvo por los que hubiera debido querer y no lo hice.

Soy lo que he navegado, las mujeres que fueron mías, los hombres que maté, las borracheras y los libros que leí en mi huída del mundo, los hijos que ignoran que tienen un padre que en estas horas está a un paso de morir. Tengo desprecio por esta suerte de desdén que siento por los

hombres, de tal modo que lo único que necesito de mi fin es apurarlo, demorándolo solamente para escribir una larga carta cuyo destino es incierto. ¿Qué es lo que me ha llevado a ser indiferente a todo, excepto a mi palabra?

Algunos hombres se envuelven sobre si mismos, tratando de armar su recoveco, su propia soledad. Buscan los sectores de mayor sombra del pabellón para guardar sus caras, les adivino la desesperación, acaso el llanto silencioso.

Es evidente que no todo el mundo es igual ante la muerte. Ni ante la vida. Nuestro degollador, Sencillo López, se encuentra entre los compungidos. Aunque no había logrado aún poner en práctica su especialidad, el puesto le había sido reconocido sin que hubiera hecho falta formalizarlo en la distribución de roles. La fama de su habilidad le venía de antes. No digo el prestigio, sino solo la fama. El degüello es un oficio que abre distancias entre su poseedor y el resto de los hombres, al extremo que, aún para gente de más años o experiencia que él, López era Don Sencillo. Este respeto incluía en cierto modo a los Oficiales. Un degollador no es necesariamente alguien que se destaque en la pelea, ni el más diestro en el manejo de las armas o los puños. Un solo tipo de valor se le pide, el que se requiere para cortar gargantas de prisioneros con las manos enlazadas en la espalda, a veces malamente heridos. Se requiere de una vocación especial para poder hacerlo. Los ojos de un degollador conocen la naturaleza de los hombres, sin dejarse abordar por ninguna clase de sentimientos; son ojos que huelen el miedo, expelido en ese sudor frío que empapa la frente de la víctima inerme, antes del fin. La maldad o la culpa le son extraños a la hora de ejercer su trabajo. Le es posible beber y comer carne inmediatamente después de realizar su tarea, cuando a menudo, luego de los combates y de los desparrames de vísceras, los más duros requieren de darle algún descanso al estómago. El no; él puede comer sin problemas, incluso achuras, y hasta encargarse del asado luego de desangrar a decenas de prisioneros. Buena parte de

esta gente viene de las faenas del campo y está acostumbrada a desentrañar los secretos de la Creación en los intestinos, venas y lenguas que despanzurran. Todo lo pueden, especialmente ponerse detrás del hombre, tomarlo del mentón y pasarle rápidamente el cuchillo afilado por un costado del cuello, en movimiento casi imperceptible cuya verificación se plasma en los chorros de sangre que saltan a borbotones. Al principio con ritmo; al final con goteo, como testimoniando que en el escurrimiento del líquido rojo se van sin retorno posible los últimos instantes de vida del infortunado.

La vista de esa escena siempre me ha producido cierta perturbación, como si fuera partícipe de un hecho que, sin escapar de la lógica de la lucha a muerte entre los hombres, tuviera un carácter diferente. Supongo que es lo mismo que siente la mayoría. Se acepta que es el final previsible para el derrotado, pero hay algo que nadie describe ni de lo que se habla, que termina haciendo del degüello un acto que es preferible pasar rápido, y del degollador alguien a quien se respeta pero de quien no se es amigo. Más de una vez he pensado en mi propia cabeza aferrada por la diestra mano de Don Sencillo, explorándome la vena con la pulsión de su dedo mayor, a segundos de la hendidura perfecta de su cuchillo.

No sé para qué embarcó, toda vez que el buque no estaba destinado a involucrarse en las luchas del Paraná o el Uruguay. Allí es todo mayormente degüello, de modo que es perfectamente entendible que se cuente con especialistas en la materia. Pero el corso es otra cosa; aquí se viene a ganar dinero; matar es una necesidad comercial, no un mandato a cumplir con pulcritud. Los prisioneros tienen su valor en mercancía. ¿Para qué necesitábamos un bárbaro a bordo, acostumbrado a no entender nada de negocios? Estas son cosas en las que nos superan los países llamados a gobernar el mundo. Somos atrasados, matamos por matar, sin siquiera ser capaces de vislumbrar la mano que nos impulsa a hacerlo. Tal vez haya sido la Inquisición la que nos ha dejado tan

proclives a matarnos entre nosotros por cuestiones de principios, en vez de hacerlo por temas de industria, como las naciones avanzadas. Siendo Oficial de la Halcón, en 1815, tuve la fortuna de ser testigo de la reunión que en Isla Mocha mantuvieron los hermanos Brown con Bouchard, por la repartija de las ganancias en la campaña de corso al Pacífico. Aprendí allí que el conocimiento del arte de la negociación es tan importante, para el hombre de mar, como puede serlo el de la navegación, la artillería o el manejo de la disciplina frente a tripulaciones de animales como son las de todas las embarcaciones del mundo, empezando por las nuestras. El degollador carece de importancia para quien sabe administrar la violencia como un medio para obtener otra cosa. Es un inútil para la industria, porque solo sabe matar; no tiene idea del intercambio de mercaderías ni del valor de los géneros. No entiende, en su cabeza, del costo diario que involucra el hecho de mantener un barco en navegación. Víveres, agua dulce, mantenimiento de tripulantes, reparaciones. El de corso no es un buque de carga; al zarpar está en pérdida, no tiene flete en bodega sino que tiene que agenciárselo en el mar. Es como un ballenero: si no caza, se va a pura pérdida. ¿De qué sirve un tripulante que solo sepa matar prisioneros, que no tiene idea de las transacciones comerciales, de los costos que significa tenerlo empleado en medio del océano? Para nada, salvo para arrojar por la borda una parte importantísima de los recursos que se puede obtener sobre la superficie acuosa del mundo. Y además tener más motivos para baldear la cubierta.

Me encuentro munido de furor. A pesar de despreciar esa figura y saber que no ejercería ninguna función útil en las maniobras, al momento de su enrolamiento no le dije nada al Armador. Me limité a callar y criticar por lo bajo. Tampoco nunca fui capaz de amonestarlo al observar a bordo que efectivamente era inmune a las faenas marineras y a los trabajos del Buque, que él era simplemente el degollador, ajeno a todo lo que ocurriera, salvo a estar dispuesto a desangrar

gente cuando recibiese la única orden para la cual había sido contratado. Con él no corrían las medidas disciplinarias. Estaba pero no estaba a la vez. El se encontraba a bordo para esperar su momento.

¿Quién era más culpable? ¿El o yo? ¿O es intrascendente plantearse una escala de culpabilidades? Mataría a Don Sencillo, el degollador, el que me hace mirar al espejo en que las pequeñas agachadas de mi pasado se reflejan y vuelven hacia mí.

En este instante debe estar percibiendo el mismo terror sudoroso que seguramente ha olido en centenares de hombres. Debe estar oliéndose a sí mismo, oliendo su muerte que se aproxima de a horas, minuto a minuto, mientras se envuelve sobre sí mismo para evitar poner en evidencia su cara blanquecina equipada de miedo. Y de esperanza en lo que vaya a ocurrir durante el día, el último día asegurado de su vida pulgüenta de asesino impiadoso, de matador de corderos atados de pies y manos. Debe ser de los que ponen sus esperanzas en el perdón del Gobernador. Mejores expectativas tendría si pusiera su futuro en manos del alcohol. Pero no, él ha perdido esa postura de seguridad indiferente con que testimoniaba su rol de matador. Está frente a la muerte. Es uno más. Es el arquetipo del Buen Ladrón, dispuesto a martirizar a cualquiera con tal de salvarse o, por lo menos, de agenciarse de una palabra de alivio.

Iría hasta ese bulto de repugnancias y le patearía la cabeza hasta matarlo, pero no lo haré. Deberá gozar, Don Sencillo, de cada una de las horas que le restan. Deberá vivirlas y, por si fuera poco, beberlas. No tienen alcohol ni adormecen: son horas que lo esperan en la plenitud de sus miedos. Le he visto el rosario, Don Sencillo. Pongo atención en la actitud de todos quienes comparten esta suerte que nos ha tocado, pero pongo particular esfuerzo en observarlo a Usted. Hombre que ahora se me hace devoto. Esperaba más de Usted. Siga rezando, tome las cuencas una a una con la misma destreza

con que tomó los cuellos de sus víctimas, y apriete y vea en cada una de esas pequeñas bolitas, la cabeza de alguien. De un niño sin rostro de cuyo padre se encargó Usted; de una madre esperanzada en el regreso del fruto de su vientre y sus desvelos. No, Don Sencillo, beba Usted todas estas horas, que son muchas. Muchas para Usted y también para mí. Estamos en la antesala de la muerte y observar su inquietud alivia mis horas, las hace breves, me permite vivirlas en plenitud, odiándolo. No quiero irme de este mundo habiendo abandonado mi capacidad de odio a último momento por ganarme un lugar en el cielo, cuando es gente de su misma calaña la que ha matado a Dios. Porque para cortar cogotes como Usted lo ha hecho, con sorna pero sin odio, se requiere primero haber asesinado al Altísimo.

Pero es en vano. Luego de matarlo me encontraría de nuevo con mí mismo, alguien para quien Dios, si existe, es impotente. O viejo y tan sabio, que las cosas suceden sin que siquiera se preocupe por ellas. Tal vez Dios haya ido madurando a fuerza de temores y realidades. Como yo, que al momento del embarco del degollador, demostré mi madurez al no oponerme a su contratación.

Tampoco balbuceé palabra en ninguna de las oportunidades en que, a lo largo de mi vida en el mar, fui partícipe de degollinas. Ni hice nada por detenerlas, por más repugnancia que me dieran. Y es inútil, las convicciones que se guardan con uno, con uno quedan y se van amoldando a la vida, se van amoldando a fuerza de costumbre, hasta que dejan de ser. A menudo, la responsabilidad y hasta la lealtad son buenas máscaras para el miedo y la conveniencia. O para la más absoluta indiferencia ante la suerte de los seres humanos. En el fondo, los actos más bárbaros contra el género humano no ocurren porque haya alguien que de las órdenes, ni porque existan quienes estén dispuestos a cumplirlas. Poner la idea de la culpabilidad en los dos extremos de la máquina de matar, es un buen purgante para gente de escasa

conciencia de su propio valor como individuos. Nos exculpa a quienes estamos en el medio de la máquina, esperando ser tan buenos o tan malos como nos manden serlo.

Lo mataría, degollador. Usted no hace más que hacerme reflexionar acerca de cómo he vivido la vida, queriendo huir de ella. En este momento mis hijos no saben de mí; ninguno de ellos sabrá nunca cuánto me recrimino haberle dado entrada a la madurez en mi vida, cuánto me he adaptado al mundo sin pretender cambiar nada. Si pudiera hacerles llegar mi voz les diría que poco, muy poco es lo que me importa morir, muy poco es lo que pierde el mundo cuando muere un hombre que ha tolerado que sus experiencias le hayan gobernado los sueños. Una sola cosa me separa de dar el agradecimiento por mi muerte: ellos mismos.

Acabo de despertar. Mi súbito ataque de ira y remordimiento culminó por disiparse en el sueño; debo haber dormido dos o tres horas. Y hasta con cierta placidez. Don Sencillo tiene la cara descubierta. Duerme también. Tal vez el sueño nos termina aliviando a todos, cualquiera sean nuestros pensamientos y nuestras creencias. ¿Será eso la muerte? Aliviarse del peso de los días, poner fin a los sufrimientos y a la capacidad de herir. Dar término a las noches interminables en que la memoria se vuelve impiadosa y todo transcurre como si la fatalidad gobernara nuestras acciones y nada nos fuera dado hacer, o todo lo hubiéramos podido hacer mejor. Las primeras luces de la mañana que transcurre por fuera de la prisión, me descubren con cierto optimismo. Y con un par de ratas hurgando en proximidades de mis pies. Me toco instintivamente los lóbulos de las orejas, comprobando que no han sido mordidas durante el sueño. En las sombras se vislumbra que el pabellón de la cárcel está poblado de roedores. Rondan entre los hombres, humanidad hecha carne. Es un animal cuya repugnancia nunca he logrado vencer, a pesar de la convivencia obligada desde el primer día de vida

en el mar. No hay espacio del buque que se encuentre libre de ellas ni de su mierda, no hay cucheta ni lugar del camarote que no pueda ser invadido por su avidez, ni silencio que no pueda ser penetrado por sus chillidos tan agudos como terroríficos. Lo peor que se puede hacer con ellas es acorralarlas: conocen los secretos del miedo de los hombres. La canaleta de la letrina hiede de excrementos y pulula en ratas. Me he levantado a orinar y se han ido abriendo a mi paso hasta llegar a esa pared repelente. Pronto seré huesos y carne, materia inanimada con destino a generar el mismo olor penetrante y nauseabundo de este cauce de mierda y orines viejos, donde los líquidos de los hombres aún vivos se abren camino.

Falta un día para que toda pulsión de vida se haya retirado de mí para siempre. Ya no seré yo, sino los restos de mí, pasto de putrefacción. Los cadáveres de los ajusticiados siempre han abierto mi curiosidad, siempre han despertado mi intriga, especialmente los expuestos a la vista de los vivos, receptores del ejemplo de los ajusticiados. En costas del Norte de Africa he visto hombres empalados, a los que el tiempo y las aves disgregaban en órganos hasta que la misma estructura del cuerpo quedaba desarticulada y caía de a pedazos y líquidos. Llega un instante en que la misma marcha natural del cadáver y de las cosas diarias de los vivos parecen indicar que aquello no solo no ha ocurrido, sino que tampoco ha habido una vida sometida al escarnio de morir sometida públicamente por el culo. Nunca vi un empalamiento sino sus despojos, pero me impresionaba, especialmente en mis estadias en Constantinopla y Alejandría, la naturalidad con que la gente aceptaba ese fin para la vida de un hombre.

Con el tiempo he entendido la lógica de que se de muerte a alguien en combate o por mera venganza, hasta por amor. Incluso por conveniencia comercial. Apartándome deliberadamente del juicio moral puedo entender todo aquello, pero no logro dar pie con el motivo por el cual pueda resultar razonable cegar la vida de alguien en función de un sistema

judicial de castigo. Cualquier castigo me parece imbécil si no hay un resultado práctico que lo justifique. A bordo es imprescindible, pero la clase de canalla con que tripulamos los buques sería imposible de manejar sin un sistema de juicios sumarísimos y castigos severos. ¿Cuál podría ser, en cambio, la utilidad de la muerte en una sociedad que no está en el mar ni se encuentra sometida al pillaje? ¿Cuál es el orden que se pretende imponer con la pena máxima, ejercida seguramente contra quienes menos posibilidades tienen de defensa? La única respuesta que encuentro se llama disciplina. No queremos una sociedad de individuos sino de gente que traslade a una autoridad su propia capacidad de pensar y decidir por sí mismos.

Por ello es que indago en el sentido práctico de nuestra propia pena de muerte. ¿Qué buscan? No encuentro más que una respuesta convincente: afectar la libertad de los mares, cercenándola hasta el punto de que la avidez invasora adquiera legalidad formal a través de flotas de guerra, con respaldo explícito de banderas civilizadas. El mar, solo para los poderosos.

Los piratas están de más en el mundo, pero el mundo pareciera poder tolerarlos. Están siempre al margen de la ley, y es sabido que con el robo no se acabará nunca. Robar es parte inherente a la condición del hombre. Quienes empiezan a estar de más son los corsarios. A estos últimos, es decir a nosotros mismos, se nos autoriza al pillaje. El Estado saca ventaja y obtiene dividendos de nuestros éxitos, ataca el comercio de los enemigos y de sus mercados y, ante cualquier queja, argumenta que se trata de piratas que usurpaban una bandera o un permiso legal de corso.

Lamento no haberle prestado más atención al viejo Miguel Brown. El lo veía con claridad cuando me dijo que eran épocas en que el corso empezaba a cambiar, que se avecinaban tiempos de hombres probos con armas legales de pillaje, y que la industria empezaba a requerir de otra clase

de gente. No lo entendí y aquí estoy, sentenciado a muerte por ladrón, solo porque mi autorización para el saqueo ha dejado de ser moneda de curso legal. Morir por dedicarme a la guerra y el comercio, ambas cosas a la vez y sin una carrera militar a cuestas. Brown repetía que se iniciaba una era en la que los negocios y los combates seguirían siendo parte de la misma cosa, pero irían por separado: especialistas en persuasión y relaciones comerciales por un lado, y Armadas y Ejércitos en regla por el otro. No más juntar todo en la misma profesión, no más guerra de corso. De ahí que se siga tolerando al mercenario: su servicio a una bandera, cualquier bandera o cualquier causa, mantiene carácter legal. Tengo que confesar que esta realidad me sulfura, me produce una cierta desesperación. Estoy muriendo como una letra de cambio entre embajadores. Como si en lugar de verse obligados a entregar su valija diplomática, me entregaran a mí y a mi gente. Incluyendo a esta porquería de Sencillo López, el degollador.

Hay que ser mercenario y servir a quien sea buen pagador. Hay que matar y morir, hay que participar de las mismas correrías y actos de pillaje de siempre, pero bajo formas institucionales, presentables, creíbles para las prácticas civilizadas. La guerra de corso ha dado ya todo lo que le podía entregar al avance de la humanidad.

Uno no siempre está a la altura del progreso.



Sergio Osiroff es Capitán de Ultramar de la Marina Mercante, Ingeniero Pesquero (Universidad Tecnológica Nacional). Capitán de Corbeta Hidrógrafo (ret), se dedica actualmente a la actividad gremial, docencia universitaria y consultoría en cuestiones marítimas, a la vez que al pilotaje y mando de embarcaciones pesqueras y de expedición antártica.

Finalista del IV Certamen NACIONAL de Poesía y Cuento Breve de Ediciones Ruinas Circulares, “La Última Singladura” constituye su primer novela.

Nacido en Buenos Aires en 1960, vive en Ushuaia.

La Última Singladura

Los tripulantes del corsario argentino “Tucumán”, encarcelados en Baltimore en 1818, aguardan el cumplimiento de la sentencia a la horca luego de ser condenados como piratas. No obstante contar el Buque con patente de corso expedida en Buenos Aires, el representante argentino en Washington le manifiesta al Secretario de Estado su satisfacción por el enjuiciamiento de los marinos.

“La Última Singladura” es el relato de las horas finales de aquellos hombres, en las notas que redacta su Comandante antes de su propia ejecución.